

Una mañana sintióse enferma y no pudo ir a la escuela. Al cabo de unos días tuvo que ser trasladada en carreta a la ciudad para que la examinara el médico. Salió del pueblo en un pesado mediodía de Octubre, cuando las campanas tocaban el Angelus. Estaba muy débil e iba tendida sobre el colchón en el fondo de la carreta. Al pasar por la plaza, una vaca bramó quejumbrosa: la madre se estremeció y la miró con temor y ella pensó sonriendo casi con alegría: ¿Iré a morir? El médico la encontró muy mal y le aconsejó que buscaran en la ciudad donde alojarse, para poder atenderla mejor. Tuvieron que pedir hospitalidad en casa de unos antiguos vecinos, dueños de una *pulpería*. La acomodaron en el cuarto que hacía de bodega, lleno de cajones y canastos. De noche lo alumbraban con una candela que se colocaba en el suelo para que la luz no la molestara y el cuarto se llenaba de sombras temblorosas. El oído ocioso de la enferma seguía todos los ruidos de la tienda. De día no perdía el continuo entrar y salir, pidiendo ya un diez de manteca, ya un cinco de arroz, un cinco de plátanos, y de noche, un cinco de candelas, un cinco de pan. A veces alguien rasgueaba una guitarra y sus vibraciones melancólicas se le metían en el corazón.

Como la enfermedad no cedía, hubo que llavarla al Hospital de San Juan de Dios. Los dueños de la casa tenían buena voluntad, pero los tiempos estaban malos. Fué conducida allí, una mañana de temporal. Encontrábase humillada, pero no lloraba. Un dolor seco le atormentaba el pensamiento. Por fortuna le tocó un lecho que ocupaba un rincón cerca de una ventana, donde se creía más al abrigo de las curiosas miradas. La habitación estaba llena de una claridad gris que daba frío, y los rostros de las enfermas parecían lívidos bajo el rojo cobertor. A través de los cristales de la ventana vió las ramas de un árbol que goteaban.

Hubo que hacerle en el estómago, una operación quirúrgica muy seria. Una semana pasó Albina entre la vida y la muerte. Hubo días en que no conoció ni a su madre. Pero una mañana despertó completamente despejada.

El sol entraba por la ventana abierta y hacía un reguero de oro sobre su lecho. Un moscardón vibraba entre las ramas florecidas del árbol y los comemaíces se esponjaban y saltaban confianzudos sobre el alféizar.

¿Fué la gran debilidad que corría por sus venas, la que la hizo cerrar los ojos, como pesarosa de ver de nuevo esta profusión de luz y de vida que le llegaba del exterior?

El siguiente era día de entrada. Vinieron a visitarla maestros del pueblo en que vivía, entre ellos una muchacha, casi una niña, con las mejillas color de rosa rodeadas de una aureola de cabellos rubios y una boca roja que más bien era un pedacito de risa, y el director de la escuela de la villa, muy joven y muy simpático, jugueton como un chiquillo, siempre con una palabra bondadosa lista en los labios. Ella le traía unas flores que esparció sobre el lecho y él le apretó una mano cariñosamente y le acarició con ingenuidad los cabellos.

Durante todo el día Albina sintió el corazón más ligero y cuando contemplaba los pétalos esparcidos sobre su lecho y recordaba la ternura de su compañero, sonreía con dulzura.

La tarde fué bella. Las sombras ya habían invadido la sala, pero Albina todavía podía ver por la ventana, un trozo de cielo iluminado. Un celaje rosa se encendió y en uno de sus extremos prendió sus inquietudes una estrella. Albina recordó entonces con más intensidad, la caricia ingenua que en aquella mañana dejara sobre sus cabellos el bondadoso muchacho, cuyos ojos tenían una mirada que pasaba sobre el corazón dejando la sensación del terciopelo. ... Y sintió pena al recordar también, que al verlo salir de la sala en compañía de la maestra de mejillas frescas y boca riente, una de las enfermas había exclamado: «¡Qué bonita pareja! ¿Son novios?».

¡Ah! ¿por qué en su juventud que se acababa, no se prendió un amor como aquella estrella en el celaje que diluía su color rosa en el crepúsculo? ...

Ocultó la cara entre la almohada para ahogar los sollozos.

Sentada en el borde de su lecho, con el pequeño lío que encerraba sus haberes, al lado, Albina esperaba a su madre que debía venir por ella para volver otra vez a casa. No